



A MI IMAGEN Y SEMEJANZA

FELIPE GURRUCHAGA

...ESTOY TRANSIDO DE HACER HOMBRES. SON YA TRES MILLONES Y MEDIO DE AÑOS Y SIEMPRE FALLA ALGO. SIN EMBARGO, VOY A INTENTARLO DE NUEVO.

Y Dios, con su inexhausta paciencia, rebuscó de nuevo en su caja de juguetes, espigando los mejores ejemplares y tratando de superar sus propios errores, como siempre, a base de pedigrée.

...NO ME HAN FALLADO NI EL TIGRE, NI EL LEON, NI EL ELEFANTE, NI EL MOSQUITO: SOLO ESTE MONO PERFECCIONADO A MI IMAGEN Y SEMEJANZA. NO ACABO DE ENTENDERLO.

Y por millonésima vez levantó con Su mano izquierda la balanza de pesar genes, mientras con la diestra cargaba su divino programa titulado «De Viris» (Hacer Hombres) en su omniscio ordenador personal.

...VOY A BUSCAR LA VERDAD Y EL VALOR, LA ANTIGUA SABIDURIA Y EL AMOR PURO. LE AÑADIRE SED DE ESTRELLAS, UN CIERTO GUSTO POR LO SUBLIME, UNA PIZCA DE ENIGMAS, LAS CONSABIDAS MEZCLAS DE CONTRASTES Y UNAS GOTAS DE IGNORANCIA...

Y de nuevo el Buen Dios se entusiasmó con su inacabable creación. Poco a poco, montando delicadamente un microprocesador aquí y otro un poco más arriba, unos sensores y unos interfaces; uniéndolo todo con infinitos conductores, fue enrollando con extremo cuidado las neuronas de su mil millonésimo hombre.

...ESTA VEZ VOY A HACER DOS: UNO VIEJO Y OTRO JOVEN, ASI AMBOS SE NECESITARAN. EL VIEJO SERA FACIL. LO HARE CON MATERIAL DE SEGUNDA MANO, PERO EL JOVEN LO HARE CON MIS ULTIMOS ADELANTOS TECNICOS.

AL MAYOR... LE PONDRE LA COLUMNA ARQUEADA DEL VIEJO ABRAHAN, LA INTELIGENCIA Y LAS ARRUGAS DE ARISTOTELES, LA PIEL RESECA DE...

Y Dios, balanceando a uno y otro lado su Divina cabeza, contempló satisfecho su penúltima obra: el Viejo perfecto.

...AHORA TE RECARGARE LAS BATERIAS. Enchufó la energía y aquel muñeco humano dio su primer saltito de gusto.

...AHORA TE RECARGARE LA MEMORIA INTERNA. NADA SE ME DEBE OLVIDAR: LA PREHISTORIA Y LA HISTORIA ESCRITA Y SIN ESCRIBIR. Y le cargó con todos los recuerdos atávicos de sus parientes: el Keniapiteco, el Australopiteco, el Homo Habilis, el Homo Erectus, el Homo Sapiens, el de Neanderthal y Cro Magnon, los celtas y babilonios, los griegos y romanos. (El ordenador se atascó un poco al llegar a los reyes godos y empezó a tartamudear... «..svinto» «..ssvinto» «..sssivinto» «..ssssvinto», hasta que Dios se dio cuenta y con una Divina patadita a la consola central, continuó la carga interminable: Tales de Mileto, Anaximandro, Anaxímenes, ... Erasmo, Descartes, ... Rousseau, ... Kant, ... Hegel, ... Marx, Engels, Bergson, Wittgenstein, ... Gilgamesh, Sargón, Hammurabi, ... Senaquerib, Nabucodonosor, ... Ciro, Darío, ... Alejandro

Magno, ... Julio César, Justiniano, ... Carlomagno, ... César Borgia, ... Napoleón, ... Hitler, ... Ronald Reagan.

...LE PONDRE SOLO LOS CINCO SENTIDOS TRADICIONALES. TIENEN QUE BASTARLE. SI LE PONGO EL SEXTO... SOLO DIOS SABE, SOLO YO SE, DE LO QUE SERIA CAPAZ. TENGO QUE SER RIGUROSO.

Y de la boca del Viejo comenzó a caer la baba del gusto, la saliva del gusto de los miles de hombres que tenía mezclados: Primero, sintió sabores de frutos y miel y de vino griego de Siracusa y así hasta un Rioja tinto del 82, con dos años en barrica de roble.

Y su babita rezumó los besos de Eva, de Nefertiti, Nausica y Cleopatra, ... de la bella Otero y de Carolina de Mónaco.

Su tacto recordó la primera piedra que arrojó, las sedas de Catay, los brocados de Florencia y el nylon de Du Pont; el vello duro de la primera hembra y la tersura de la recién depilada a la Philishave; el aguijón de la primera abeja, la mordedura de mil fieras diferentes; el afilado hierro quebrantando carnes y huesos; la bala que quema y rompe y el calambre del enchufe en el baño; la primera quemadura al coger la rama ardiente en sus manos y el suave calor de la almohadilla eléctrica en sus pies.

Y vio el Mamut que se le echaba encima y a Julio César conquistando las Galias y a Astérix mondándose de risa; las pinturas rupestres de Altamira, las Venus de Boticelli, las Meninas de Velázquez y las de Picasso.

Oyó el rugido del dragón que no vio y olió los efluvios del azufre, sin atreverse a mirar dentro de la grieta de fuego; oyó las trompetas de Jericó y el retumbar de los atabales del Medievo; el tañido de las últimas campanas domingueras, el tableteo de las ametralladoras y la música sintética de Jarre.

Supo el sáscrit y el esperanto. Y cuando Dios dio por recargado el último conocimiento, le dijo al viejo: ¡VENGA, AHORA EL TEST!

Y el viejo comenzó a balbucir: «Cógito, ergo sum. Pienso, luego existo. ... Je pense, donc le suis. ... Pentsatzen dut, beraz ba naiz. Y Dios sonrió satisfecho.

AHORA HARE AL JOVEN. Y murmurando AGNOSCO VETERIS VESTIGIA FLAMMAE y cosas por el estilo, puso manos a la obra.

Cogió de nuevo la balanza y pesó con más cuidado—si cabe—las microscópicas neuronas y revisó con sumo tacto sus delicados axones, les destiló los más puros péptidos adrenocortiprópodos, recitando las fórmulas secretas «COOOH - NH2...». Sacó su divino destornillador para ajustar los mejores protones y le puso unas mitocondrias preciosas llenas de adenosina trifosfatada, que le habían ya dado tan buenos resultados con los japoneses.

Mezcló con supremas precauciones los humores acuosos de un alemán y los genes del único hombre pacífico que encontró en una isla... desierta. Los destiló con exquisitez hasta que obtuvo la quinta esencia buscada. Le recargó con las últimas pilas recién inventadas por El, las de más larga duración y recargables con energía solar, lunar y hasta tubos fluorescentes. Por un momento dudó si hacer el joven un modelo ecológico de manera que ni su intestino grueso ni su vejiga polucionaran nada, pero desistió pensando que en ello no estaba la solución del problema y no quería cambiar demasiado las reglas de su propio y particular juego.

Lo contempló con su mirada de artista divino y decidió flamearle un poco la piel. Después la transfundió una sangre cuya formulación recogía glóbulos de los mejores pedigrées que la humanidad había producido: David, Salomón, Aristóteles y así hasta Einstein y unas gotas de Mc. Enroe y Platini.

Le enseñó a volar en ala Delta; le puso unos pies tan ágiles como los de Nureyev; la vista de un vigía fenicio y además corregida un poco hacia el infrarrojo; el oído de una criada de la Edad Media retocado levemente hacia los ultrasonidos próximos; el olfato de un perfumista francés y el tacto de un ciego paupérrimo que sólo leía libros Braille de segunda mano. En fin... ¡La repera!

Le enseñó todo lo que los jóvenes debían saber: todas esas cosas sobre la Naturaleza y sobre cómo se reproducen las flores y los bichos, desde el Megatherium hasta el Oso Panda Chu Lin y los chimpancés del zoo húngaro de Győr, a los que les proyectan películas verdes para que se apareen. Le enseñó los videos de todos los partidos, campeonatos, matches y demás, de los últimos dieciocho años; y todas las películas que no tuvieran dos rombos. Le enseñó a decir «mogollón» y «guay». Poesía. Religión («PERO SIN INFLUENCIARLE, NI COMERLE EL COCO»).

Una columna vertical bien erguida. Unos dientes recién salidos del mejor protésico natural, con un nuevo tratamiento anticaries a base de glucosytranferasa, que le había dado buenos resultados con las ratas. Dudó con el color del pelo y decidió que fuese al azar: (cogió un pelo rojo, diez morenos, diez castaños y diez rubios, los mezcló, cerró todas sus visiones, tiró de uno y ¡MALA SUERTE—dijo—SALIO EL ROJO!

Finalmente, le introdujo unas monedas en el bolsillo y sólo le dio un consejo Personal: «CAVE COCA-COLA» que más o menos quería decir «Ten cuidado con la Coca-Cola».

Lo sentó junto al Viejo. Se alejó unos pasos y entornó su divina mirada. Eran dos ejemplares soberbios: el Viejo era un espécimen perfecto en su venerable senectud y el Joven era UN IDOLO (hubiera dicho El, si esta expresión no hubiese estado proscrita en Su divino léxico).

Allí estaban los dos, despiertos y dormidos a la vez. Mirándose sin tener conciencia de verse todavía. Les echó una última mirada y luego, con un cierto temblor de Su diestra, pulsó el interruptor «ON» y se hizo invisible, como de costumbre, para recrearse libremente de su obra.

—¡Hola, viejo!—dijo rápido el Joven, poniéndose en pie de un ágil salto.

—¡Hola, Joven!—respondió el Viejo, pausadamente, y siguió reclinado contra la nube donde lo dejara su Supremo Hacedor.

Pasó un largo rato. Una eternidad para Dios que estaba impaciente de que ambos se lanzaran al terreno de Juego llamado Mundo. Pero nada ocurría.

—ESTOY PERDIENDO FACULTADES, pensó Dios. ALGO NO MARCHA. Revisó de nuevo todo su software «de Viris» y al cabo de un rato descubrió el error, faltaba una instrucción, el «Mens Divini» o «Soplo Divino».

Aspiró con cuidado para no hacer ruido y expiró con suavidad un tibio soplo que los envolvió en una nube invisible y plácida.

Entonces, el Viejo se levantó pausadamente y se dirigió al Joven, que ya corría raudo hacia el Planeta azul que brillaba a sus pies:

—¡Ten cuidado, no corras tanto, que te puedes caer!

—¡Passa de mi, tíooo!—gritó el Joven, volviendo la cabeza. Tropezó y se cayó.

Junio de 1985

—TENDRE QUE EMPEZAR DE NUEVO.